

EL DISCURSO RECTORAL DE 1933 DE MARTIN HEIDEGGER

Tomar posesión del Rectorado implica la obligación de dirigir espiritualmente esta alta escuela. El aunarse de maestros y escolares sólo se despierta y fortalece si se hallan verdaderamente y en común enraizados en la esencia de la Universidad alemana. Mas esta esencia sólo cobra claridad, rango y poder si los conductores mismos, los primeros y siempre, son conducidos, conducidos por la inexorabilidad de la misión espiritual que lleva al destino del pueblo alemán a imponer su marca a la historia.

¿La sabemos, esta misión espiritual? Sea o no así, la pregunta es ineludible: ¿nos hallamos nosotros, maestros y escolares de esta alta escuela, verdaderamente y en común enraizados en la esencia de la Universidad alemana? ¿Tiene esta esencia el auténtico poder marcador de nuestra existencia? Por supuesto, pero únicamente si nosotros queremos del todo esa esencia. Pero ¿quién puede dudarlo? Comúnmente, se ve el carácter predominante de la esencia de la Universidad en su "autonomía"; y ésta debe conservarse. Pero ¿lo tenemos bien pensado, lo que exige de nosotros el pretender la autonomía?

Porque autonomía quiere decir: plantearnos la tarea a nosotros mismos y determinar el modo y manera de llevarla a cabo, para en ella misma ser lo que debemos ser. Mas, ¿sabemos de veras quiénes somos nosotros mismos, corporación de maestros y escolares de la más alta escuela del pueblo alemán? ¿Podemos saberlo siquiera sin la más constante y más rigurosa auto-reflexión?

Ni el conocimiento de las circunstancias actuales de la Universidad, ni aún la familiaridad con su historia anterior, garantizan el saber suficiente de su esencia, a no ser que deslindemos en claridad y rigor esta esencia para el futuro; que dentro de estos propios lindes la queramos, y que en tal querer nos afirmemos a nosotros mismos.

La auto-nomía sólo se aguanta sobre el fundamento de la auto-reflexión. Mas la auto-reflexión sólo se realiza por la fuerza de la auto-afirmación de la Universidad alemana. Y ésta ¿la llevaremos a cabo?, y ¿cómo?

La auto-afirmación de la Universidad alemana es la voluntad originaria, común, de su esencia. Para nosotros la Universidad alemana es la alta escuela que desde el saber y mediante el saber acoge para educación y disciplina a los conductores y guardianes del destino del pueblo alemán. La voluntad de esencia de la Universidad alemana es la voluntad del saber, como voluntad de la misión histórica y espiritual del pueblo alemán, de ese pueblo que se sabe a sí mismo en su Estado. El saber y el destino alemán han de cobrar poder sobre todo en la voluntad de la esencia. Lo cobrarán si y sólo si nosotros —los maestros y escolares— primero subordinamos el saber a su necesidad más íntima y luego hacemos frente al destino alemán en su más extrema urgencia.

No conoceremos la esencia del saber en su más íntima necesidad, en tanto que —hablando del "nuevo concepto de la ciencia"— nos contentamos con negarle a una ciencia, demasiado de hoy día, la independencia y la incondicionalidad. Este hacer meramente negativo y que no alza sus miras por encima de los últimos decenios, llega a ser a la larga un remedo de un verdadero esfuerzo por la esencia del saber.

Si queremos comprender la esencia del saber, tenemos que afrontar primero un problema de decisión: ¿Ha de seguir el saber existiendo para nosotros o hemos de permitir que sea empujado a un rápido fin? Ni siquiera que el saber deba existir siempre es algo necesario en absoluto. Mas si el saber ha de existir, si ha de existir para nosotros y por nosotros, ¿bajo qué condición podrá subsistir realmente?

Sólo si volvemos a someternos a la pujanza del comienzo de nuestra existencia histórico-espiritual. Ese comienzo es el orto de la filosofía griega. Ahí el hombre occidental, sumido en su raza en virtud de su lengua, se levanta por la primera vez frente al ser en su totalidad y lo interroga y lo comprende como el ser que es. Todo saber es filosofía: lo sepa y quiera, o no. Todo saber tiene sus raíces en aquel comienzo de la filosofía. Saca de éste la fuerza de su esencia al postular que está cuando menos a la altura de ese comienzo.

Aquí esperemos reconquistar para nuestra existencia dos propiedades distintivas de la originaria esencia griega del saber.

Entre los griegos corría un antiguo relato: Prometeo había sido el primer filósofo. A ese Prometeo, Esquilo le hace decir una máxima que expresa la esencia del saber:

τέχνη δ' ἀνάγκης ἀσθενεστέρα μακρῶ

(*Pom.* 514 ed. Wild.)

"Pero el saber es mucho más débil que la necesidad". Eso quiere decir: Todo saber de cosas de antemano está supeditado al poder superior del destino y cede ante él.

Por eso mismo el saber, para ceder verdaderamente, ha de usar de toda su porfía en el reto al poder total de lo más oculto del ser. Precisamente así se abre el ser en su inexplorable inmutabilidad y presta al saber su verdad. Aquella máxima sobre la creadora impotencia del saber es un dicho de los griegos; pero algunos quisieron hallar entre ellos —¡pretensión barata!— el arquetipo de un saber que no dependiera más que de sí mismo, de un saber ensimismado, que nos interpretan como actitud "teorética". Más, ¿qué es "theoría" para el griego? Se dice: La contemplación pura solamente ligada a la cosa en su plenitud y exigencia, y esa actitud contemplativa, achacada a los griegos, habría de ser asumida por sí misma como fin. Pero esta atribución es incorrecta. Ya que primeramente la "teoría" no halla su fin en sí misma, sino en la pasión de permanecer cerca del ser como tal y bajo su opresión. Además, precisamente los griegos luchan por concebir y realizar aquel interrogar contemplativo como una forma y aún la forma más alta que hay para el hombre de la *enérgeia*, del "estar a la obra". No tuvieron los griegos como propósito el igualar la práctica a la teoría, sino por el contrario el comprender la teoría misma como la más alta realización de la auténtica práctica. Para los griegos el saber no fue una "herencia cultural", sino el centro determinante más íntimo de su total existencia nacional y estatal. Tampoco fue para ellos el saber un mero medio de llevar a la conciencia lo no-consciente, sino el poder de dotar a la existencia de rigor y de abarcarla toda.

El saber es un perseverar interrogante, ante la totalidad del ser que constantemente se oculta. Esta actuante tenacidad sabe con todo su impotencia frente al destino.

Ello es la esencia originaria del saber. Pero ¿acaso no queda ya este comienzo dos mil quinientos años atrás? ¿Y no ha sido cambiado el saber por el progreso del obrar humano? Sí, por cierto. La posterior interpretación cristiano-teológica del mundo y el más reciente pensamiento matemático-técnico de la edad moderna, en el tiempo y en el contenido han alejado de su comienzo el saber. Pero aun así ese comienzo no ha sido en modo alguno superado y menos aun destruido.

Porque si damos por sentado que el saber originario griego es algo grande, el comienzo de este algo grande pasa a ser lo más grande. La esencia del saber no podría siquiera ser vaciada ni desgastada, como hoy acontece a pesar de todos los "resultados" y de las "organizaciones internacionales", de no subsistir todavía la grandeza del comienzo. Todavía el comienzo es. No quedó tras nosotros como algo que ya hace tiempo fue, sino que está entre nosotros. El comienzo, como lo más grande, pasó de antemano por encima de todo lo venidero, y así pues, ya por encima de nosotros. El comienzo entró en nuestro futuro; en éste él se da como un mandato lejano de que nosotros volvamos a alcanzar su grandeza.

Sólo si resueltamente nos sometemos a ese mandato lejano de recobrar la grandeza del comienzo, sólo entonces el saber llegará a ser la más íntima necesidad de la existencia. De otro modo queda reducido al acaso en el que hemos caído o al sosiego y a la holgura de una ocupación sin peligros para el fomento de un mero progreso de conocimientos.

Mas si nos sometemos al lejano mandato del comienzo, el saber tiene que llegar a ser el acontecimiento fundamental de nuestra existencia espiritual y étnica.

Incluso si nuestra misma propia existencia está ante un gran cambio, si es cierto lo que dijo el apasionado buscador de Dios, el último filósofo alemán Federico Nietzsche: "Dios está muerto", si tenemos que arrostrar en serio el abandono del hombre actual en medio del ser, ¿qué será entonces del saber?

Entonces la admirativa perseverancia originaria del griego ante el ser se trueca en un estar expuesto, enteramente inerte, en lo oculto y lo incierto, esto es en lo problemático. La interrogación ya no es un escalón superable en la marcha hasta la respuesta como saber, sino que la interrogación misma se da como la forma más alta del saber. La interrogación desarrolla entonces su muy peculiar fuerza para revelar lo más esencial de toda cosa. La interrogación impone entonces la más extrema simplificación de la mirada sobre lo ineludible.

Tal interrogación quebranta las cápsulas de las especialidades compartimentadas, que encierran a las ciencias; de su desparramamiento sin freno ni límite en campos y recovecos aislados, las hace volver para componer de nuevo inmediatamente el saber con la fecundidad y la bendición de todos los poderes terrenales de la existencia histórica del hombre, a saber: naturaleza, historia, lengua; pueblo, costumbre, Estado; poesía, pensamiento, fe; enfermedad, locura, muerte; derecho, economía, técnica.

Si queremos la esencia del saber, ese interrogar y hacer frente, inermes, a la incertidumbre del ser en su totalidad, entonces esa voluntad de esencia creará para nuestro pueblo un mundo, más íntimamente y más extremadamente peligroso, es decir, un verdadero mundo espiritual. Porque "espíritu" ni es agudeza vacía, ni juego gratuito del ingenio, ni cultivo desenfrenado de la disección intelectual, ni siquiera sabiduría /Weltvernunft/, sino que espíritu es la resolución hacia la esencia del ser, espontánea y conscientemente surgida. Y el mundo espiritual de un pueblo no es la super-estructura de una cultura ni tampoco un arsenal de conocimientos y valores utilizables, sino que es el poder de guardar en lo más hondo, sus fuerzas de la tierra y la sangre en cuanto poder capaz de conmover más íntimamente y trastornar del todo su existencia. Sólo un mundo espiritual garantiza al pueblo su grandeza. Pues le obliga a constantemente elegir entre la voluntad de grandeza y el permitir la decadencia. Así modula el ritmo de la marcha que nuestro pueblo inició hacia su historia futura.

Si queremos esa esencia del saber, los maestros de la Universidad tienen que avanzar de veras al puesto más extremo, abierto al peligro de la incertidumbre cósmica. Si perseveran en él, es decir, si, en él, en la proximidad esencial de la opresión de todas las cosas, maduran el interrogar en común y el hablar para la colectividad, entonces se harán fuertes y serán conductores. Pues lo decisivo en el conducir no es

un simple ir delante, sino la fuerza de poder ir solo; no por capricho y codicia del mando, sino en virtud de una vocación profunda y de un deber total. Tal fuerza liga con lo esencial, crea la flor de los mejores y despierta el auténtico aunarse de que se sienten animados por un nuevo valor. Pero ni siquiera necesitamos despertar ese aunarse. El cuerpo estudiantil alemán está en marcha. Y busca aquellos conductores que le permitan alzar su propia vocación al rango de verdad fundamentada y sapiente y situarla en la claridad del verbo interpretador y de la acción.

De la firme resolución que tiene el cuerpo estudiantil alemán de hacer frente al destino alemán en su más extrema urgencia, viene la voluntad de esencia de la Universidad. Esta voluntad es una voluntad verdadera, en tanto que el cuerpo estudiantil alemán, mediante el nuevo derecho estudiantil, se someta espontáneamente a la ley de su esencia y con eso deslinde esta esencia por primera vez. Darse la ley uno mismo es la más alta libertad. La tan encomiada "libertad académica" está siendo expulsada de la Universidad alemana, ya que esa libertad era inauténtica, por ser sólo negadora. Ella significaba principalmente despreocupación, arbitrariedad de propósitos e inclinaciones, licencia en el actuar y holgar. La idea de la libertad del estudiante alemán está ahora restablecida en su verdad. De ella surgen para lo sucesivo el vínculo y el servicio del cuerpo estudiantil alemán.

El primer vínculo es con la comunidad nacional. Obliga a una participación, compartidora y actuante, en los afanes, aspiraciones y capacidades de todos los estamentos y los miembros del pueblo. En adelante este vínculo se consolidará y enraizará en la existencia estudiantil por medio del servicio del trabajo.

El segundo vínculo es con el honor y el destino de la Nación en medio de otros pueblos. Exige un estar presto, garantizado por un saber y una capacidad, robustecido por la disciplina, para el sacrificio extremo. En adelante, este vínculo abarcará e impregnará toda la existencia estudiantil bajo forma del servicio de las armas.

El tercer vínculo del cuerpo estudiantil es para con la misión espiritual del pueblo alemán. Este pueblo está forjando su destino por haber situado su historia en lo manifiesto de la fuerza superior de todos los poderes formadores del mundo y por siempre conquistarse de nuevo su mundo espiritual. Así expuesto a lo extremo de lo problemático de su propia existencia, quiere ser un pueblo espiritual. Exige de sí mismo, así como para sí mismo, en sus conductores y guardianes, la más rigurosa claridad del más alto, más amplio y más rico saber. Una juventud estudiantil que se aventura temprano en la virilidad y que despliega su voluntad sobre el destino futuro de la Nación, se obliga del todo al servicio de este saber. Ya no tolerará que el servicio del saber sea el torpe y rápido amaestramiento para una profesión "distinguida". Ya que el político y el maestro, el médico y el juez, el sacerdote y el arquitecto encabezan la existencia étnica y estatal; ya que ellos la custodian y mantienen rigurosa en sus relaciones fundamentales con los poderes demiúrgicos del ser del hombre; por eso, aquellas profesiones y la educación para ellos, están confiadas al servicio del saber. El saber no está al servicio de las profesiones, sino al revés: las profesiones hacen efectivo y administran aquel más alto y esencial saber del pueblo, el saber de toda su existencia. Pero ese saber no es para nosotros una sosegada toma de conocimiento de esencias y valores en sí, sino el más riguroso arriesgar de la existencia en medio de la fuerza superior del ser. Lo problemático del ser en general impone al pueblo el trabajo y la lucha y lo compele dentro de su Estado, del cual dependen las profesiones.

Los tres vínculos —por el pueblo con el destino del Estado en su misión espiritual— son inherentes con la misma radicalidad a la esencia alemana. Los tres servicios que de ello derivan —el servicio del trabajo, el servicio de las armas y el servicio del saber— son igualmente necesarios y tienen rango igual.

El saber sobre el pueblo que actúa con él, el saber que se mantiene presto sobre el destino del Estado, unidos con el saber sobre la misión espiritual, crean, ellos solos, la originaria y completa esencia del saber, cuya realización nos está confiada al postular nuestro sometimiento al lejano mandato del comienzo de nuestra existencia espiritual e histórica.

De ese saber se trata cuando se deslinda la esencia de la Universidad alemana como la alta escuela que a partir del saber y por medio del saber acoge para educación y disciplina a conductores y guardianes del destino del pueblo alemán.

Este concepto originario del saber obliga no sólo a la "objetividad" sino antes a la esencialidad y a la simplicidad del interrogar en medio del mundo histórico-espiritual del pueblo. Es más: sólo a partir de ahí puede fundarse verdaderamente la objetividad, esto es, hallar su modo y su límite.

El saber en este sentido tiene que llegar a ser el poder formador de la corporación de la Universidad alemana. Esto implica dos cosas: primero, los maestros y escolares, cada uno en su modo, tienen que dejarse dominar y permanecer dominados por el concepto del saber. Y luego, ese concepto tiene que intervenir como agente transformador en los modos fundamentales respectivos, dentro de los cuales los maestros y escolares actúan científicamente en común: en las facultades y gremios.

La facultad sólo es facultad cuando se desarrolla como capacidad de legislación espiritual enraizada en la esencia de su disciplina, a fin de integrar los poderes existenciales que a ella sola la oprimen en un único mundo espiritual del pueblo.

El gremio sólo es gremio cuando, desde un principio, se sitúa bajo la soberanía de esta legislación espiritual y así derriba las barreras de la especialidad y supera lo enmohecido y lo inauténtico de un superficial amaestramiento para la profesión.

En el momento en que las facultades y los gremios abordan los problemas esenciales y sencillos de su ciencia, los maestros y escolares están ya impregnados por las mismas necesidades e inquietudes extremas de la existencia étnico-estatal.

Más para dar forma y realce a la esencia primitiva del saber, hacen falta no poca disciplina y responsabilidad, así como suprema paciencia; pues en comparación apenas si tienen peso el concienzudo aplicar procedimientos ya hechos o el modificarlos con celo.

Pero si los griegos necesitaron tres siglos para tan sólo situar sobre terreno firme y vía segura la pregunta de qué es el saber, mucho menos debemos nosotros pensar que la clarificación y el desarrollo de la esencia de la Universidad alemana se ultimarán en el actual semestre o en el próximo.

Pero sí sabemos algo mediante lo dicho sobre la esencia del saber: que la Universidad alemana sólo cobrará forma y poder cuando los tres servicios —del trabajo, de las armas, del saber— se reúnan espontáneamente en una fuerza moldeadora. Eso quiere decir:

La voluntad de esencia de los maestros tiene que despertar y fortalecerse hasta llegar a la simplicidad y la amplitud del conocimiento de la esencia del saber. La voluntad de esencia de los escolares tiene que esforzarse por alcanzar la suprema claridad y disciplina del saber e integrar, con exigencia y determinación, en la esencia del saber su conocimiento íntimo del pueblo y de su Estado. Aquellas dos voluntades tienen que afrontarse en una lucha mutua. Todas las facultades de voluntad y pensamiento, todas las fuerzas del corazón, todas las capacidades del cuerpo tienen que desarrollarse por la lucha, intensificarse en la lucha y conservarse como lucha.

Nosotros elegimos la consciente lucha de los que preguntan y profesamos con Karl von Clausewitz: "Reniego de la frívola esperanza de ser salvado por la casualidad".

Mas la comunidad de lucha de maestros y escolares transformará la Universidad alemana en un recinto de legislación espiritual y elaborará en ella un centro de más enérgica unión para el supremo servicio del pueblo en su Estado cuando maestros y discípulos se creen una existencia más simple, más dura y más austera que la de todos los demás compatriotas. Todo dirigir tiene que reconocer la fuerza propia de los que siguen. Pero todo seguir lleva en sí resistencia. Este contraste de esencia entre el dirigir y el seguir no debe quedar difuminado ni menos totalmente borrado.

Sólo la lucha mantiene vivo el contraste e introduce en toda la corporación de maestros y escolares aquel tono fundamental que hace cobrar poder a la auto-afirmación que se deslinda y al resuelto auto-examen, para que lleguen a realizar la auténtica auto-nomía.

¿Queremos la esencia de la Universidad alemana o no la queremos? Depende de si nosotros, y hasta dónde, nos esforzamos, integral y no incidentalmente, por el auto-examen y la auto-afirmación, o si —con la mejor intención— nos limitamos a sustituir viejos arreglos por otros nuevos. Nadie nos lo impedirá.

Pero tampoco nos preguntará nadie por nuestro agrado cuando falle la fuerza espiritual del Occidente y crujan sus juntas, cuando se derrumbe la caduca pseudo-civilización y arrastre en confusión todas las fuerzas y las suma en la locura.

Que ello suceda o no suceda sólo dependerá de si nosotros nos queremos siempre como pueblo histórico-espiritual o de si no nos queremos como tal. Cada uno, individualmente, contribuye a esa decisión, aun cuando, y precisamente cuando, la elude.

Pero nosotros queremos que nuestro pueblo cumpla su misión espiritual.

Nosotros nos queremos a nosotros mismos. Porque la fuerza joven del pueblo y aun la más joven, que irá más allá de nosotros, ya ha adoptado esa resolución.

Pues sólo entenderemos completamente la magnificencia y la grandeza de esta marcha que comienza si nos transportamos a aquella profunda y amplia meditación desde la cual la vieja sabiduría griega habló:

“Todo lo grande es con riesgo”

τὰ . . . μεγάλα πάντα ἐπιφαλῆ . . .

(PLATON, *República* 497d.9.)